

Nibia Subalsagway



Nikolaus Subalsburg



NIBIA SABALSAGARAY

CAIDA HEROICAMENTE EN LUCHA CONTRA LA DICTADURA,
POR LA LIBERTAD
Y POR LA SOCIEDAD DEL PAN Y DE LAS ROSAS

1974

Hoy está con nosotros Nibia, como siempre.

Tan cercana como la algarabía de las luchas populares que derrotaron definitivamente a la dictadura y abrieron paso a un Uruguay democrático.

Después de 11 años de su caída heroica, que fueron además resistencia heroica de todo un pueblo, comprobamos en la experiencia concreta de miles y miles de militantes antifascistas, cuánto contribuyó su ejemplo. Por eso vivió con nosotros estos años, por eso no faltó en la alegría popular de la victoria, en el reencuentro emocionado. Y por eso también a sonrisa plena, andará entre nosotros por todas las calles y veredas.

Vengo de ver tus pasos
de zagala, tus grandes pasos verdes
y multitudinarios.
Vengo de ver la nave de tus anchas
caderas
procelosas,
tu pollera flameando,
tus monásticas ropas.
Nibla "Sabalsa", vengo
de escuchar en las sombras
todo lo que me nutre de tu recuerdo
y vengo, golpeada y sobreviva,
a maldecir la muerte
que te derriba,
a maldecir el odio
que asesina tu vida combatiente,
a maldecir las manos
que te hurtaron el sueño
y te impusieron el breve cautiverio
innecesario
de un sábado de muerte,
la dulce entrega blanca en que dormías
cuando todos caíamos *caímos*
en los senos del sueño
sin poder socorrerte.

Vengo de consultar tus estirpes
terrestres, tus ~~is~~ulas helvéticas, *insulas*
tus penates agrícolas,
tu solar granjero,
tu cultura esencial de cavas y graneros.
También tu injusta muerte.

Por eso, camarada, también vengo
a llorar a tu frente.

UN TESTIMONIO

Siempre guardaré el recuerdo de Nibia tal como estaba cuando la ví por última vez. (¡Qué duro resulta escribir "la última vez"!).

Yo caminaba por 18 de Julio, una 18 de Julio con traje de pre-Navidad, un poco, un mucho más animada que lo que ya se ha hecho costumbre en este Montevideo triston que sólo saca a relucir una deslavada sonrisa veranlega una vez por año, cuando se acercan "las fiestas". Y en eso, de pronto, se me iluminó de veras la calle con una blanca, ancha sonrisa: allí estaba Nibia, alta, desgarrada, sonriente, linda. ¡Tan linda con toda su alegría de enamorada, prendidita del brazo de su novio!

Y en ese momento pensé que en ella sí que había alegría navideña, auténtica, con su vitalidad, sus veinte y pocos años, su energía desbordante que se le hacía risa y gesto.

Poco menos de seis meses después, un mediodía, al llegar a casa de mi madre la noticia: Nibia había muerto. Me cuesta escribirlo, creo que tanto como en ese momento me costó creerlo, entenderlo. Y después, cuando supe cómo, entonces la rabia. Esa rabia de puño apretado, de entender pero no querer creer. Esa rabia de sentir otra vez, con el dolor, la tremenda realidad de un país, de una sociedad en la que el odio mata la alegría.

Porque si hay una persona en la que se puede simbolizar la alegría, esa es Nibia Sabalsagaray.

La conocí como estudiante del IPA, integrante de un maravilloso grupo de jóvenes que "segufan" Literatura. Pude disfrutar entonces de toda su salud, de toda su frescura, de su despierta inteligencia y su disposición siempre abierta al diálogo, a la autocrítica.

Contaba la profesora con quien hizo la práctica para la docencia, que es algo frecuente, en los estudiantes de profesorado, el "miedo" a la clase. En su experiencia como profesora de práctica, tenía presente la pregunta de todos: "Y si usted llega tarde, ¿qué hago?, mire que yo no doy clase...". Muchas veces, los profesores llegan tarde para ver qué pasa, después de una larga charla sobre la necesidad de animarse, de tener contacto con los alumnos, etc. ¡Qué distinto fue con Nibia! No haría ni una semana que había iniciado la práctica cuando a la profesora se le hizo tarde de veras. "Cuando corría por uno de los corredores del liceo --nos comenta un adscripto-- le dije que no se apresurara, la practicante se había hecho cargo del grupo". La había visto a través el recuadro del vidrio de la puerta: acodada en el pupitre, de rodillas

en el asiento, como gurisa que era, charlaba con los adolescentes, que seguían con interés sus palabras. Cuando entró en el salón, después de disculparse, le pregunté si quería seguir. Nibia dijo que no, porque "no había preparado la clase", pero había trabajado tan bien esos minutos, que la profesora pudo seguir adelante como si los hubiera dado ella misma.

Así era nuestra querida camarada Nibia, sencilla, de fácil comunicación, capaz de lograr una buena relación con los alumnos en un ratito. Una verdadera profesora nata. Fueron "famosos" los comentarios del tribunal que juzgó su última clase en el IPA. Como así también la frase con que uno de los profesores que integraron ese tribunal recibió la noticia de su muerte: "¿Acaso me están diciendo que la que mataron es aquella muchacha que dio aquella notable clase sobre Shakespeare? ¡No, no, no es posible, díganme que me equivoqué!".

Pero no se había equivocado. El odio mata sin ver, mata sin personalizar, siempre que mata hiere a alguien en quien sigue viviendo la víctima, pero quizás nunca mató a alguien que viviera tanto, en tantos, como Nibia.

Su brillantez intelectual es lo primero que surge en mi recuerdo, pero no era la única virtud de esta muchacha que supo hacerse amiga de todos aquellos que tuvimos la suerte de entablar relación con ella. Tampoco fue la menor de sus virtudes, esta inteligencia brillante, ya que aunque pueda parecer una virtud bastante natural en quien sigue una actividad intelectual, tiene singular relieve en esta muchacha del Interior, de muy humilde origen, que era Nibia. Efectivamente, para ella, el ejercicio de su vocación, tan fácil para la mayoría de los jóvenes que llegan en el Uruguay a los estudios superiores, fue un camino particularmente costoso, ya que por la extracción humilde de su hogar —padre obrero, pueblito del Interior, muchos hijos—, el camino más fácil hubiera sido la desertión. Pero Nibia, a la par que una clara inteligencia, poseía el don de la persuasión y una rotunda tenacidad para todo lo que se proponía. Así fue que, a pesar de los prejuicios de la familia que veía las tareas intelectuales como "poco femeninas", Nibia cosechó en sus estudios secundarios, no sólo excelentes calificaciones, sino el respeto de sus profesores, lo cual le valió la posibilidad de dictar clase en el Liceo de su pueblo durante un año (en Literatura e Idiomas). Quizás podría haber continuado en esa tarea, ampliándola con el tiempo, ya que es frecuente que en los liceos de las pequeñas localidades se ingresara por esta vía directa. Pero Nibia no quería "lo fácil". Ahorró el dinero ganado (no mucho, por cierto) y de él vivió el primer

año de su residencia en Montevideo, gracias a la hospitalidad de una tía y a una austeridad casi espartana en su forma de vivir.

Cuentan los amigos que le costó bastante conseguir el permiso de su padre y finalmente lo consiguió, tras una larga arenga sobre la vida, los logros, el egoísmo y la libertad, cuya elocuencia juvenil ella misma recordaba sonriendo.

Y se vino a Montevideo, con su atadito de ropa: "Nadie se fue antes que , primera exploradora que salía de (útero-casa patriarcal) la casa, al mundo". Así lo recuerda Nibia en uno de sus cuentos, con ese entusiasmo de aventura maravillosa con que enfrentaba todas las cosas de la vida.

Ella siempre decía que su apoyo moral para esta decisión había sido su abuela. Nibia perdió su madre siendo muy niña. La abuela crió a los cuatro muchachos (tres niñas y un varón). Esa maravillosa abuela que domina con su aire matriarcal y su "olor a leche agria" en los cuentos de Nibia y que siempre le tuvo confianza y la animó.

De su vida en su pueblo natal, es la imagen de la abuela la que predominaba en sus comentarios, y es la vieja casa, "de la que nunca me fui del todo" la que puebla sus cuartos vacíos y descascarados con todo ese mundo pleno de la imaginación de Nibia, el mundo de los "tesoros" infantiles, las charlas con el hermano, las siestas calientes del verano, con fantasmas que invitaban a comer sandías o a leer novelas o a saltar y gritar en las parvas. Ese mundo que sólo conocemos a través de la creación de nuestra querida amiga, pero que es tan vívido que nos parece que en él la vimos correr y saltar descalza.

¿Por qué será que siempre me viene la imagen de Nibia con los pies descalzos? No es ciertamente, la imagen del descalzo humilde, es la imagen que asocia pie-descalzo-libertad, que hace pensar en grandes espacios verdes, en espacios reales y también en espacios interiores, en espacios libres del alma. Porque, ¡qué libre era Nibia! Era esa quizás su característica más sobresaliente y el secreto de su alegría. Y no era que Nibia estuviera siempre alegre en el sentido vulgar de la palabra. Era la suya otra alegría, la de la salud, la que da la confianza en sí mismo y en los demás, y que a ella le sobraba. Y así se desesperaba cuando alguien que gozaba de su amistad discrepaba con ella. Claro que esto era difícil, porque Nibia era tan clara en todo lo que hacía que no era fácil estar en desacuerdo con ella. Lo que con más frecuencia ocurría era que la "rezongáramos". Porque era, entre todas estas cosas, muy niña. Cuando no "veía" la necesidad de algo, desaparecía toda su capacidad de acción, y, como gurisa chica, presintiendo que algo andaba

mal, consultaba a todo el mundo lo que debía hacer. Recuerdo una vez que sus compañeros del IPA, yo, todo el mundo, tratábamos de convencerla de que debía buscar trabajo. Ella seguramente, no veía una razón de peso para ello, ya que, como dije, vivía con muy poco y no se quejaba. Y era de esas personas que viven apasionadamente y no pueden dedicarse a una tarea si ésta no está de acuerdo con su razón de ser. Los demás pensábamos que tenía que hacer algo para vivir más cómodamente y ella reconocía que teníamos razón, pero aducía que no encontraba trabajo y andaba pidiendo a todo el mundo que le encontrara alguno. Y ahí venían los rezongos y los sermones y Nibia nunca se enojaba, aceptaba, leal, las críticas, pero se salía con la suya.

En cambio, ¡cuánta pasión y paciencia para lo que le importaba! Y esto no era sólo con respecto a sus estudios, en los que por cierto su pasión le requirió muchos sacrificios, sino también en su militancia que ocupaba el primer lugar en su vida (y por cierto que muchos de los "rezongos" eran para hacerla entender que no debía relegar tanto sus estudios por la tarea revolucionaria). Porque Nibia era una verdadera comunista, "cabeza fría y corazón caliente", de esas que se encuentran pocas veces. Esto era totalmente coherente con su origen proletario, con su carácter sincero y apasionado. Y fue con toda la sencillez de su espíritu que Nibia entró en la Juventud Comunista.

Casi todos militábamos en la UJC —recuerdan sus compañeros—. Nibia militaba junto a nosotros pero aún no integraba nuestras filas. Pensábamos proponerle que se afiliara, pero creíamos que era todavía prematuro. Entonces, un día, Nibia nos dice: "Ché, ¿por qué no me afilian?". Y se afilió. Así era ella de simple. Cuando le parecía justo lo reconocía lisa y llanamente, sin vueltas ni argumentos intelectuales a los que no veía sentido. Porque Nibia era una intelectual en tanto el término denomina al que trabaja con su intelecto, no en tanto denomina al que adopta una actitud mental rebuscada.

Ella era fresca y directa, y con esa frescura abrazó la causa de su vida. Ese "Ché, ¿por qué no me afilian?" tan espontáneo y sencillo me recuerda una anécdota de Nibia que aparentemente no tiene nada que ver, pero que la define entera en ese sencillo modo de aceptar la vida. Una vez alguien le comentó qué hermosos dientes tenía (era así en verdad, blancos, parejos), a lo cual ella contestó: "¿Sí? Debe ser no más porque todo el mundo me dice lo mismo". Con esta llaneza transcurrió su vida en Montevideo, llena de recuerdos de su pueblo natal entre "los autos de 18, las luces de los semáforos, las escaleras del IPA y las moscas del Sabará", plena de la lucha cotidiana que forma parte

de la vida del militante, la pelea por el trabajo, por la reivindicación, por la medida gremial que no sale, por la vida misma, llena de llantos ("Domingo de tarde") y de alegrías. Plena de toda la riqueza de su imaginación, de su sensibilidad para "sentir" la ciudad. A veces siento que Nibia "sintió" a Montevideo mucho más que los montevideanos, sobre todo cuando releo "Mañana en que llegué tarde a clase porque perdí el libro de psicología en la Catedral". Y como buena apasionada, como muchacha sensible, hacía sentir a los demás, contagiaba. Su alegría, su candidez, el fervor revolucionario. Pienso que Nibia debe haber "contagiado" a muchos jóvenes haciéndolos entrar a la lucha. Pero hizo más, contagió a su padre. Le dio a ese duro obrero del interior conciencia de clase, y perdió por ello su trabajo, como lo recuerda la hija en uno de sus cuentos.

Muchas veces, recuerdo, faltaba a clase. Nunca era por problemas personales, siempre era porque había tenido una entrevista, una reunión, un contacto impostergable. Y con la misma alegría se entregaba a la vida. No teniendo tarea era siempre materia dispuesta para tomar un café y charlar un rato, o para caminar por la calle, o para una partida dominical con las amigas. Me acuerdo de su risa sonora, de sus comentarios sagaces, de su constante animación. Y no era, como ya dije, porque no viviera los problemas. Recuerdo que una vez, que "andaba mal", me decía: "Sabés, es muy embromado para un joven empezar a vivir ahora, porque todo lo que iniciaste se te trunca en definitiva por la falta de posibilidades. Por eso que a veces uno piensa si no es mejor dar vuelta definitivamente las cosas y después ponerse a estudiar". En esos casos, por menos de una cita de Lenin no se le hacía cambiar de idea.

Nibia había cumplido 24 años. Había terminado su carrera en el IPA, se había enamorado y proyectaba casarse en octubre de 1974. Incluso, soñaba con seguir estudiando al tener tarea fija y situación económica solucionada, su otra entrañable vocación: la Medicina.

Pero la mataron.

No sé si diciéndolo con esa brutalidad se podrá transmitir toda la fuerza del golpe, todo lo que se segó con su vida. La mataron torturándola para arrebatarle información que no dio. Nibia murió fiel a su ideología y a sus camaradas, fiel a sí misma. Supimos más tarde por un preso que la vio, cómo la sacaron para interrogarla, cómo la volvieron al rato a la celda, imposibilitada de caminar por sí sola pero viva. Cómo la dejaron tirada en el piso y cómo después no respondió a los gritos de uno de los guardias que pretendía despertarla.

Cuando me pidieron que escribiera algo sobre Nibia sabía que iba a ser tarea difícil. Nunca pensé que lo fuera tanto. No se puede comentar sus páginas, hay que leerlas. No se puede hacer un retrato de su persona. Habría que haberla conocido.

En ella quedó más que nunca demostrado que no se puede apresar la libertad, torturar la alegría, quebrar la lealtad, matar la vida. Porque Nibia está viva. Viva en el recuerdo que de ella queda. Viva como Líber, Hugo, Susana, Mendiola, Abreu, Perú y tantos otros, vivos todos en nuestra lucha, en nuestro diario quehacer, en el devenir del movimiento liberador de nuestra patria.

CARTA A NIBIA SABALSAGARAY

Querida camarada, si supieras
qué cosas me recuerdas.

Me recuerdas el tiempo del café
y la limpieza --escoba y palo--, en el umbral del IPA.

El olor restañado del frío, el olor matutino
y primordial, el olor vespertino del cigarro.

Las voces de nosotras y las ropas unánimes que usábamos
como estandartes mudos
y emblemáticos.

Las asambleas plenarias como colosos
faros.

Tu repentina risa compañera, campesina y urbana.
Y el mar --légamo triste--,
paisaje familiar patibulario,
el mar ancho y portuario.

Te recuerdo, preciosa, fresca y rosa.

Te recuerdo, novísima y pretérita.

Te recuerdo, subiendo y redactando.

LO QUE NIBIA CONTABA

Lo que sigue son cuentos y recuerdos escritos por Nibia. Son borradores que manifiestan la intención de expresarse a través de sus más preciadas vivencias. De todo esto ella guardaba un íntimo orgullo, casi inconfesado, considerándolo seguramente los primeros pasos de una fuerte voluntad de relación con su gente.

Para nosotros, tienen el enorme valor de su autenticidad, de su frescura. Y sirven mucho para completar la imagen de nuestra Nibia, para mostrar cómo veía y sentía ella misma algunas de sus cosas. Por eso constituyen un querido y preciado documento.

El cuento que aparece en primer término está escrito en dos hojas de las que se usan en los liceos uruguayos. El resto del material consta en un cuaderno. Todos los originales son manuscritos. La versión es textual. Los aréntesis corresponden a tachaduras en el original.

EL PADRE

La casa estaba silenciosa. Era una hermosa mañana de invierno. El cielo azul y claro y el sol suave y brillante. Se despertó en la penumbra del pequeño dormitorio. Los postigos entrecerrados dejaban pasar una claridad suave y acariciadora. Los rumores del día le sonaban lejanos; los golpes del martillo, o alguna conversación desde la calle, el murmullo de la grava al caminar la gente. Miró el reloj, las ocho y cinco. Había dormido bien. Como siempre se despertó a las cinco, cuando aún era noche oscura y fría. Recién se estaba levantando la helada. Sí, anoche había helado. Bastaba mirar los vidrios mojados de la ventana. Después de las cinco se había vuelto a dormir. Le pareció, entre sueños, oír la sirena de la fábrica (le dolía un poco la cintura, sin embargo había dormido bien). La cama estaba tibia y agradable. Sintió el andar rumoroso de su hija, sus pasos leves del dormitorio al baño, del baño a la cocina... Se entreabrió la puerta, cerró los ojos.

- Papá, dormís todavía?

No contestó.

- Papá.

- No, estoy despierto. Ya me levanto.

La hija se acercó y se sentó en el borde de la cama, cerca de los pies.

- No, no te levantes. Hace un frío terrible, pero es un hermoso día. Me voy a hacer los mandados. Te dejo agua caliente en la cocina.

- Está bien.

No había abierto los ojos, sin embargo le pareció adivinar como si Ana hubiera tendido su mano tratando de hacerle una caricia.

Sintió cerrar la puerta de calle.

Encendió la radio. El informativo. Noticias Internacionales. Avisos.

El estado del tiempo: bueno en todo el territorio nacional. Se levantó. El espejo del baño le mostró su cara borrosa por el sueño. Las arrugas, el pelo escaso, la barba canosa. Cincuenta y cinco años. Salió del baño, tomó la radio portátil. En la cocina aprontó cuidadosamente el mate. Se sentó en el viejo sillón de mimbre y tomó el diario que su hija le había dejado sobre la mesita. Lo ojeó descuidadamente, y luego leyó con atención algunos artículos. De repente, el día le pareció domingo. Osa a los niños jugar en la calle y a la gente que pasaba: muchos refan. De pronto se hizo un hueco de silencio y resonó el tic tac del reloj. Las nueve y treinta. Dentro de quince minutos sonará la sirena. Se frotó las manos. Después de tres horas y media le dolían ya las piernas. Claro, cincuenta y cinco años. A lo largo del galpón se extendían los telares, y los hombres y mujeres que caminaban entre ellos, preparándose para que dentro de media hora salir a la calle, volver a la casa. El zumbido, uno se acostumbra, el zumbido y los golpes rítmicos de miles de piezas, de tantas y tantas máquinas que se mueven y se agitan y las manos de tantos y tantos hombres. Pensó que en ese momento Ana estaría entrando en la casa, calentando el agua para el mate cuando él llegase y disponiéndose a hacer la comida. Abriendo el bolso y el pan fresco y crujiente sobre la mesa. La puerta se abrió y entró su hija. La cara enrojecida por el frío. Le sonreía.

- ¿Ya terminaste el mate? Dame uno, estoy muerta de frío.

Dejó el bolso de los mandados sobre la mesa y le alcanzó un mate. Era bonita su hija. Las tres hijas eran muy bonitas. Tal vez Elena más que ninguna, pero Ana, a pesar de ser la mayor, conservaría siempre esa cara fresca de niña, su risa permanente.

- Tomá, está horrible. ¿Qué te parece que comamos hoy?

- No sé, lo que quieras. Compré sólo un poco de queso y algunas papas. No hay nada.

En ese momento sonó la sirena de la fábrica. Las 10 de la mañana. Quinientos obreros salían de su trabajo, lanzándose a la calle, como un enjambre de abejas una mañana de primavera. Quinientos obreros desparramándose por todo el pueblo. Caminando en espesos grupos, hablando en voz alta y riéndose; los cientos de bicicletas por la calle principal. Los muchachos piropeando a las muchachas, que respondían con bromas u ocultaban las caritas sonrojadas. Todos ansiosos, alegres los más, sabiendo adónde iban.

El padre se miró las manos. Ana marchó rápidamente hacia la co-

cina. Volvió enseguida y se sentó junto a la mesa, apoyada la cara entre las manos, miraba al padre.

- Parece una pesadilla -murmuró el padre entre dientes.

- No es una pesadilla, es la realidad.

Por la vereda, a través de la ventana abierta, llegaba la conversación y el ruido de los que volvían a sus casas. En ese momento Ana tocó lo que su padre sentía. Nunca había entrado a la fábrica. Ni siquiera a verla, pero la conocía tanto. También, desde que tenía recuerdos, su vida había sido regulada por aquella sirena. Tenía veintiséis años. Toda su vida. A las seis el padre se levantaba y ella se marchaba a la gran cama de matrimonio a apretarse junto al cuerpo tibio de la madre. A las diez menos cuarto eran dos toques de sirena que se oían de cualquier lugar del pueblo, dentro de un rato el padre volvería a la casa y ella y sus hermanas menores se aprontaban para recibirlo, para que les ayudara con los deberes o para contarle las disputas y los sucesos de la mañana.

En el verano, cuántas noches habían caminado con su madre y Elena por las calles empedradas del pueblo hasta el gran portón verde de la fábrica, en medio de la noche tibia y olorosa a jazmín, esperando al padre, para regresar todos juntos, alegres, pasando tal vez por algún bar a beberse un jarro de cerveza helada. Ahora le parecía que todo, desde las horas de la comida hasta las fiestas, los paseos y los amores, giraban en torno a ese zumbido penetrante que podía oírse desde cualquier lugar del pueblo. Eran muchos años en sus vidas; las hermanas, que ahora estaban lejos, trabajando en alguna otra fábrica y que eran cuarenta o más años en la vida del padre, y entonces, lo vio viejo.

El próximo año el padre dejaba de trabajar, se jubilaba, habían ido amontonando proyectos: marcharse junto a Elena y Luisa, estar todos juntos, o que Elena y Luisa volvieran y vivieran en la casa junto al río, como hace pocos años. Tendrían un perro; entre todos habían pensado en el color de las cortinas, y los paseos con los muchachos, y las tardes de primavera leyendo bajo los árboles.

El padre la miraba, a ella le pareció que en tantos años aún no lo había visto como lo veía ahora.

(Como olvidado, en el frutero que adornaba la mesa, cubierta por una carpeta a cuadros había un pequeño papel: una notificación por la cual se notificaba al señor R.S. que la firma lo despedía por su mala conducta: consecuente gremialista y comunista, por haber incitado a la huelga y haber provocado disturbios)...

En el centro de la mesa, entre otros papeles había un telegrama, que había recibido dos días atrás, por intermedio del cual se comunicaba que el señor R.S. había sido despedido.

En ese momento golpearon a la puerta. Ana se levantó a abrir.

- Buenos días, Ana.

- Buenos días, Sánchez. Pase, por favor.

Los dos hombres se saludaron estrechándose las manos en silencio, con ese silencio de los que están acostumbrados a decir muchas cosas sin palabras.

- Vamos Manuel, los compañeros te esperan.

La hija le alcanzó el viejo chaquetón gris, el de ir todos los días a la fábrica; el padre, en silencio se encasquetó su descolorida boina azul. Besó a su hija.

- Hasta luego.

Sánchez estrechó cálidamente la mano de la joven.

- Hasta pronto.

- Hasta pronto.

Ana los acompañó hasta la puerta, y con las manos en el delantal se les quedó mirando.

Caminaban juntos por el medio de la calle de arena. El cielo era azul y limpio. La gente los saludaba. El sol, un tibio y suave sol de invierno les iluminaba las caras...

Ana entró y se puso a trabajar, y mientras trabajaba, cantaba.



La novela del Exilio

Capítulo I

Nibia

I - (EL PASADO)

Carta a mis amigas de Montevideo desde Juan Lacaze, pueblo chato y solo que no tiene nada que ver con Macondo.

(Yo que no me acuerdo cuándo salí de allá)
(Llegué una tarde con mucho sol a mi pueblo) (Yo siempre les dije que mi pueblo es muy lindo en otoño) (Tiene una tristeza suave que se huele).

Siempre es muy difícil escribir de lo nuestro: mi casa, mis hermanos, mis amigos, mi campo, mi casa: he vuelto a mi casa. Nunca me fui del todo. Pero la fui perdiendo de a pedazos entre los autos de 18, las luces de los semáforos, los escalones del IPA y las moscas del Sabará. Un día yo soñé que mi casa estaría así, yo no sé si no lo estoy soñando todavía. Una la ve de lejos, desde una altura del camino y parece la misma, el mismo techo rojo, las mismas paredes amarillas, manchadas de musgo gris, verde, azul y el tanque del agua colgado de una torre de molino, sin rueda de molino. Nadie más vive allí. Ella que escupía gente por puertas y ventanas, como bomba aspirante impelente, como corazón palpitante, que ahora no tiene a nadie. Sin embargo, es más misteriosa y más mía, sólo mía, porque yo y ella estamos solas. Tiene los cuartos vacíos, agrietados, descascarados; casa de ratones, arañas, gorriones, cucarachas, hormigas, y el piso de madera cubierto por arabescos plateados de las babosas. Las ramas secas de los naranjos golpean los vidrios) llaman a los vidrios que aún conservan los visillos oscuros, clamando por las ánimas ausentes de la casa que no se asoman a las ventanas. (Un día me senté a la sombra del corredor, sobre las losas de piedra negra, tratando de oír los rumores ocultos, la casa abandonada, y por un instante pensé que podía). Aquel que baja por el callejón con una vara en la mano es mi hermano. Va golpeando las chircas, con la vara y de vez en cuando pateando algún terrón. Debe tener alguna bronca oculta, mi hermano. Mi hermano es como yo. Ustedes lo conocen: (se llama) Juan, es alto y flaco, casi negro, de nacimiento y

de sol. El sol apenas calienta, pero mi hermano lleva la camisa azul desprendida y (tiene) cara (de) enojado. (y yo no le veo la cara). Mi hermano es un recuerdo de mi niñez, como mi abuela, con su olorcito a leche agria, como las parvas de pajas amarillas, como todo el bucolismo que debe haberse quedado entre las borras de un café allí en una mesa del Sabará. Pero he vuelto, uno no puede quedarse siempre en el mismo lugar, porque no quiere y porque no lo dejan, (pero tampoco se puede volver). Hace tres años, yo y mi hermano nos compramos un rifle, un Winchester de repetición y practicábamos tiro al blanco en una caldera vieja encima de aquel poste del callejón y el silbido de las balas se perdía entre las acacias y después nos íbamos a romper con piedras el agua del fondo del pozo y mi abuelo nos decía "No se asomen al brocal del pozo que se pueden caer" (A nosotros nos gustaba asomarnos y tirar piedras...). Mi hermano lleva una vara en la mano y va golpeando las chircas del camino y de vez en cuando pateaba un terrón que da contra una cueva de lechuza. Las lechuzas se enojaban y revoloteaban en torno a nuestras cabezas con malas intenciones. Mi hermano las odiaba y todo el mundo también. Una vez Juan, mi hermano, cazó una lechuza, pero no la mató. Con una tenaza le arrancó los dedos de las patas. La lechuza no podía pararse sobre sus muñones, agitaba las alas, abría el pico y nos miraba con sus ojos abiertos (maldiciéndonos, acusándonos), asustándonos (y presagiando) maldita, maldita, maldita, maldita.

Se me va haciendo la noche sentada en las piedras negras del corredor. La noche que comienza por el centro del cielo y la noche que sube desde los pastos y que se juntan en el instante mágico de la noche del cielo y la noche de la tierra. Yo me pasé una vida esperando el instante mágico. En verano, tirada en lo alto de la cuchilla, con el oído pegado a la tierra para escuchar la noche de la tierra y con los ojos mirando el cielo para (esperar) mirar la noche del cielo. En invierno, dentro de la casa, (escuchando) mi abuela con los tarros de la leche desde el tambo a la cocina y un rumor de gente, de cosas que se van acostando, de gritos de gurises con hambre de leche fresca, con gusto a yuyo de la tarde, la nariz pegada contra el vidrio, los mismos vidrios vacíos de ahora, los ojos abiertos hasta el dolor, para poder mirar la tarde, la última gota de agua, con el último rayo de sol prendido a la gota de agua colgada de la rama negra de un tala. Un hornero en el mojinete de la casa, encima de mi cabeza hacía un dúo de martillazos con su compañera (destacándose) por encima de la algarabía de los gorrones entre los techos de la casa...

Y yo me quedé con los ojos abiertos y la nariz pegada al vidrio

aguardando el instante mágico en que se juntaran la noche de la tierra y la noche del cielo, aguardando el instante en que ocurriera algo que nunca ocurri6.

* * * * *

Un día entre la alegría, el miedo, las lágrimas, las esperanzas, la duda y la ansiedad, yo pobre, salvaje, tímida, audaz, infantil, impetuosa, me fui (marché). En un (cajón) baúl de mimbre con la tapa de brocato verde guardé mis cosas: dos juegos de sábanas, dos frazadas, una colcha blanca bordada en seda, de cuando era chica, toda mi ropa usable. Mi abuela me dio, además, una camiseta de algodón, con las mangas demasiado largas, toda larga, que ella no usaba más, para cuando vinieran los fríos, porque en Montevideo hace mucho frío. Los libros, los apuntes, y la cajita de los recuerdos, cursis y (melancólicos) románticos, (cuando se tienen).

Tenía 18 años y media docena de cartas, además de las cartas de (Edgardo) Freddy. Era el principio de la aventura, (el mundo que se abría) y yo era libre y físicamente sola, sin el lastre de los hermanos, tíos, primos y demás deudos...

Julio fumaba a escondidas un cigarrillo, el humo subía y se metía entre tablas anchas y apolilladas del techo.

- Me voy a Finlandia.

El libro se me cayó de las manos, la noticia me parecía maravillosa además de sorprendente. Mi tío sacudió la ceniza del cigarrillo, golpeándola con la punta de un dedo con un gesto habitual, maduro, varonil.

- Me voy contigo.

- Las mujeres no pueden irse de casa.

- Yo soy muy inteligente.

- Vamos a ver: si estás en medio del campo y tenés hambre, y no tenés plata y si tenés plata no hay dónde comprar comida ¿qué hacés?

- Como raíces.

Me miró despectivamente con ojos de cowboy de película que va a tomarse de un solo trago un vaso de whisky lleno hasta los bordes:

- No seas idiota, matás el primer bicho que pase, y te lo comés, y chau.

Yo fui la primera en irme. Nadie se fue antes que yo, primera exploradora que salía de (útero-casa patriarcal) la casa al mundo: la primogénita. Hacía unos diez años se había ido mi tío Ernesto, pero eso fue una aventura de chiquilín, y yo, iba a estudiar al Instituto, que estaba en Montevideo, y no a la aventura. Yo nunca había ido a quedarme a Montevideo. Mis tías a veces iban los fines de semana. Se ponían los mejores vestidos y sacaban las costuras de las bolsitas de polietileno, que estaban guardadas en el estante de arriba del ropero. Se peinaban "de peluquería", se ponían la chaqueta de (mouton doré) nutria (y se iban de fin de semana a Montevideo). (A mí nunca me había interesado el viaje de fin de semana a Montevideo, nunca nadie me preguntó si quería ir, pero me daba vergüenza confesar a mis amigas que nunca había estado). (Era una de las cien mil muchachas del interior que estaban en Montevideo: muchachas del interior que eran sirvientas, oficinistas, amas de casa, prostitutas, estudiantes).

(Fue entonces, (después) de los cuarenta días de Edgardo en el sanatorio, los cuarenta días de adaptación, los cuarenta días del principio que pertenecen a mis amigas, cuando conocía las sorpresas del aprendizaje de la soledad).

Yo me iba sin chaqueta de nutria, con mi baúl y el escudo y la lanza de Palas Atenea.

* * * * *

CAPITULO II

MONTEVIDEO

MAÑANA EN QUE LLEGUE TARDE A CLASE PORQUE PERDI EL LIBRO DE PSICOLOGIA EN LA CATEDRAL

Cuando me levantaba demasiado temprano, para no ser la primera en el Instituto, me bajaba en la plaza Independencia, cruzaba la puerta de la Ciudadela, y me iba caminando hasta Sarandí 416. Una vez, tan temprano era, que me senté en un banco de la Plaza Matriz a esperar que se hiciera tarde. Era una mañana azul y fría. (Yo me pregunté ¿qué hacen temprano en la mañana, las palomas de las plazas?). Poco a poco empiezan a llegar. La plaza Matriz sólo tiene plátanos y es la plaza más vieja de Montevideo. Su fuente parece la más vieja, con sus

ángeles-batios, faunos de mármol blanco musgoso, carcomidos y su chorro de agua torcido, que puede oírse de mañana, muy de mañana, o de noche. La plaza Matriz sólo existe de mañana temprano y de noche. Si no, está allí, pero no existe. De mañana en el corazón del silencio, del silencio concéntrico que avanza desde la plaza Matriz, se extiende por la ciudad vieja, nace del sonido de su chorro de agua, que pocos llegan a escuchar. Los viejos haraposos son a la plaza lo mismo que los plátanos, las palomas y la fuente.

Sentada en un banco de la plaza Matriz yo le expliqué a mi amiga Angela, una mañana vacía, cómo funcionaba el universo, y cómo había llegado hasta ese banco verde, de patas de hierro en el cual estábamos sentadas "mirando pasar la vida". En la escalinata de la Catedral me hice amiga de la mendiga tuerta que no hablaba, y que tenía un envoltorio de trapos en los brazos como si fuera un hijo, o un hijo como un envoltorio de trapos. Francisca siempre estaba con ella. Francisca tenía siete años y me dijo que era su hija. Un día me pidió que la llevara conmigo a mi casa y yo le dije que no podía porque yo tampoco tenía casa, y que mi casa quedaba muy lejos, en un pueblo y en el pasado y no tenía televisor. Francisca me acariciaba la cara con sus manos gordas y sucias y me decía que le gustaba acariciar mi cara porque era suave y blanca (y yo me sentía hermosa). Nunca me habían interesado las iglesias y todas me parecían iguales. Esa mañana entré a la catedral y recorrí sus altares y me entretuve mirando los vitrales de la cúpula a pesar de sus rojos y azules que me parecían horrendos. En un altar había un señor con la cabeza apoyada en un escalón y estaba llorando (pero no sentí pena, porque ese señor podía llorar, y tenía un sobretodo, pero a la madre de Francisca con su envoltorio en los brazos le faltaba un ojo y probablemente del otro no podía llorar). El señor que lloraba y tres o cuatro viejas arrodilladas en los últimos bancos era toda la gente que había en la catedral. Cuando salí ya era muy tarde y había perdido probablemente una clase, que no me importaba demasiado.

* * * * *

DOMINGO (DOMINGO DE TARDE)

(Tenía que encontrar un lugar donde vivir) (Una casa, un cuarto, un altillo, cualquier cosa) (Salía todas las mañanas, lo más temprano

posible, sin llegar a ningún lado, caminaba simplemente). Llovía, yo con mis botas de goma agujereadas, mis viejos vaqueros azules y el impermeable marrón, la cabeza descubierta. Caminando y llorando: lloraba porque tenía ganas, el llanto me salía de la bolsa del llanto que tenía en el medio del pecho y que me oprimía los pulmones y no me dejaba respirar. (Lloraba y caminaba: con rabia, con bronca). El agua corría por las piedras de las calles arrastrando la mugre de las calles, la pasta gris de las calles, el aburrimiento de las calles (del barrio), la soledad de las calles (del barrio), la angustia de la gente que anda sola por las calles, y de esa niña que camina delante mío con un impermeable que le llega hasta el suelo y una bolsa de hule (y) que tiene la nariz colorada y se descalza pisando a propósito los charcos de agua. ¡Por qué (demonios) mierda! mamá me manda a mí a hacer los mandados y Juan se queda en la cocina con el primus prendido, jugando con los camiones, y yo tengo que salir a mojarme afuera. Claro, ella lo quiere más a él, yo a mi hermano no lo quiero. Ojalá me agarre una pulmonía y me muera y después me van a llorar todos. Me van a poner en un cajón blanco y me van a llevar flores, me van a tapar y van a llorar todos. Y Mamá va a decir: pobrecita, no tendrías que haberla mandado afuera. Que llore, después que me muera me va a querer, todos me van a querer, hasta los que no me quieren ahora. Ojalá me muera, y si me muero, mi alma se la va a llevar el agua que corre por las cunetas, un alma que es chiquita como las hormigas que se ahogan entre (los pastitos) con el agua de la lluvia, y mi alma va a ir saltando de piedra en piedra, por las cunetas de la orilla de la calle, hasta llegar a un (charquito) charco, con lombrices que se retuercen en el fondo, con caracoles redondos y se va a quedar en un charco. Y la gente que pase no va a saber que en ese charco está el alma de la nena que se murió de pulmonía porque su madre la mandó afuera un día de lluvia.

(Que siga lloviendo, que la lluvia no pare, que yo no pare de llorar y de caminar, con estas botas mojadas, que no sé adónde voy, en esta tarde cansada que no se acaba nunca).

* * * * *

UNA ANGUSTIA Y UNA TRISTEZA QUE SE MURIERON DE INSOLACION UNA TARDE DE SETIEMBRE ENTRE LOS MEDANOS DONDE HABIA UNA LAGUNA

(Fines de setiembre)

Sentada al borde del agua de un charco, laguna o bañado, pensando en las mareas, y de aquello y de esto otro y del qué será de nosotros, qué haremos pero tenemos vida, fuerza vital a pesar de la tristeza y yo con esta angustia que no me deja vivir, y ese cielo tan azul, que mira vos esa nube que pasa y los caracoles y esos huevos rosados en racimos prendidos de los juncos que son de ranas o de caracoles y vaya uno a saber... Los pies metidos en el agua transparente parecían pequeñitos y ajenos a mi cuerpo. El viento levantaba remolinos de arena en los médanos... Los pies en el agua, yo, panza arriba en el pasto, con el ombligo al aire, las palmas de las manos abiertas al sol... entre los médanos crece una flor amarilla y blanca... "yo que siempre estuve tan solo, y esta tristeza mía que me acompaña desde chico, yo pobre perro sarnoso cascoteado". La cola de una nube se perdió detrás de un médano de lomo gris amarillo... y los ojos de isabel eran de este verde, del mismo verde de este pastito que está delante de tu nariz. Pero no miro el pastito, ni me acuerdo de los ojos de la otra, mi nariz se impregna del perfume de tu cuello, y quisiera besarte el cuello, sobre la yugular y beberme hasta tu última gota de sangre... Se me llenaban los oídos del rumor de brotes abriéndose, de gritos, de risas, de llantos de recién nacidos, y el fuego del sol que me entraba por las palmas de las manos abiertas hacia el cielo, que me subía por las venas y se me entreveraba en las vísceras y hubiera querido hundir las manos en carne fresca, las uñas en tierra fresca y morder y correr y amar en lo alto de los médanos...

Tener que aguantar toda la vida a los tipos que no te entienden y como no te entienden se ríen de vos y te dicen loco... o cosas peores. Y te hacen sufrir, y lo único que te queda es el orgullo y la vanidad, y ni bien asomás la jeta detrás de tu muralla te la revientan de una pedrada... Me mecía suavemente en un columpio naranja, y mis pies rozaban la laguna, los juncos me pegaban en los muslos y ardía en el fuego del sol para bajar en picada audaz y veloz por un rocío violeta-azul, rojo, amarillo (de manchas informes). La arena mojada quiere tragarse mis pies, la arena mojada blanda, la arena mojada firme de ca-

rreras infinitas de una playa infinita con su sol amarillo y con arenas amarillas y una espuma herrumbre blanca sangrante, espuma de vida que tiene el río y piedras redonditas de todos los colores que forma el río que baña los juncos jóvenes y rectos y verdes. Yo que quisiera caerme en esa playa por la que ahora voy corriendo y él persiguiéndome, prendido a mi risa, con una cuerda de rayos de sol que van de sus manos a mi cintura y mis pies y sus pies sin dejar huellas en la arena (y una angustia y una tristeza que se murieron de insolación una tarde en una playa entre los médanos donde había una laguna).

Quiero que me entiendas definitivamente --el cigarrillo me temblaba en la mano (mientras lo miraba y lo quería). Yo te quiero y vos lo sabés bien, pero ahora vos y yo no tenemos nada que ver... Nunca te entendí la angustia y la tristeza y me enamoré de tu locura, de la locura chispeante, salteante, barboteante y después, cuando te vino la locura sombría me dio miedo. Aunque yo le tengo amor a tu angustia y a esa vida tuya agonizante.

Deseo las dos horas que estábamos juntos en un lugar de este mundo. Tú estabas loco y yo te iba a ver a un sanatorio para locos y yo te quería y vos me querías, ecuación simple y elemental... Todos los días hablábamos de las mismas cosas, todos los días te contaba cómo era el mundo real y tú querías escaparte conmigo a la realidad (y todo duró un solo día) y nunca hablamos ni de ayer ni de mañana ni de te acordás de esto y no te olvidaste de lo otro... Ahora me dices que yo voy a ser muy desgraciada contigo... Yo nunca fui desgraciada contigo, no tuve tiempo ¿sabés? Y vos te consumís en tu angustia y tu tristeza de siempre y me venís con la cursilería de la desgracia y yo me consumo en mi furia de vida, en mi furia de hacer cosas grandes, de ser genio, de hacer revoluciones, de ponerlo todo patas arriba y de quemarme y requemarme y de destruir y construir, de hacer morir, morirme de tristeza contigo, en una pleza cuadrada, de paredes altas pintadas al aceite, con una cama de hierro y un crucifijo y una ventana larga abierta a un pozo de aire y donde vos llorarías hasta morirte de llorar y soñarías esas cosas ridículas que vos soñás y seguirías llorando las manos aferradas a los barrotes de la cama de hierro y con los ojos fijos en el Cristo. Yo me tiraría por la ventana con el malvón y todo (y me moriría reventada y vos de tristeza...) (Y ahora el bestia éste me quiere consolar y es más ridículo que nunca, no se da cuenta que no quiero que me consuele).

Cansada y aburrida de tu tristeza de loco de tu llanto diluviado.

Limpiándose los lentes en un supremo acto de egoísmo me mandó a los quintos infiernos, y empecé a llorar, y me mordía con fuerza los labios, para que me dolieran y pudiera llorar más y a todo el mundo le diera lástima y dijera "pobre muchacha, qué le pasará" y miraba la silla vacía frente a mí y el vaso con el resto del cortado y seguía llorando de bronca, de tantas cosas compartidas.

Nunca hubo un amor tan perfecto, tan filosófico, tan literario (mitológico), medieval y teatral. Y yo mimaba mi pena y la mecía y acariciaba mirándome el dedo donde me faltaba "su" anillo y la gente se paraba y me miraba cómo me lamía las lágrimas. Entonces me levanté, crucé como enloquecida entre los autos y me fui a ver una película de Bergman que daban en el cine de enfrente.

* * * * *

LA SIESTA, LAS CASAS VIEJAS Y LAS PARVAS

el verano se terminaba, pero el sol cocinaba los techos y el campo se llenaba de espejismos. Los cuartos de la casa se cerraban herméticamente al calor. Las persianas de madera pintadas de verde oscuro dejaban pasar uno que otro rayo de luz que dibujaba un signo misterioso sobre el piso de tablas de pino. La casa se llenaba de respiraciones acompasadas, mezclándose con el zumbido de un moscardón, queriendo atravesar un espejo. Los fantasmas de la siesta avanzaban con un murmullo de pies descalzos entre los muebles enfundados del comedor y llegaban hasta nuestros cuartos para hacernos cosquillas e invitarnos para una escapada. Impulsados por los fantasmas nos desvanecíamos en la penumbra, atravesando las persianas por el rayito de luz o por el respiradero del sótano siguiendo el rastro silencioso del gato gris. Ana buscaba en la despensa, apartada de la casa, una sandía dulce para comérsela sola, sin que nadie lo supiera, Juan golpeaba algún fierro en algún galpón y Julio entre los talas oculto por los pastos amarillos trataba de volarle con su honda la cabeza a algún tordo. Yo me trepaba a las ramas gordas del ombú y leía por enésima vez "El príncipe feliz".

Cuando la siesta estaba en su apogeo y las cáscaras verdes y blancas y un archipiélago de semillas negras eran lo que quedaba de la sandía y la tierra reseca se bebía la sangre roja de un tordo con la cabeza reventada, se habían acallado los martillazos en algún galpón y el Príncipe feliz estaba abandonado entre las ramas del ombú (todos) nos reu-

níamos en las parvas. Las parvas de paja de trigo que Eleuterio, el peón maduro de nariz colorada había armado. Y nos trepábamos encima de las parvas y saltábamos hundiéndonos, arañándonos las piernas. Julio, fuerte, musculoso me había tirado al pie de la parva y yo había caído envuelta en una vestidura dorada. Los otros intentaban trepar y él los arrojaba, dueño y señor de la torre dorada, hasta que yo traicioneramente, en un momento de descuido lo hacía rodar. Vencedora, saltaba, gritaba borracha de triunfo, mientras Eleuterio corría con su horquilla por el campo tropezando con los terrones alborotando los teros, y llamando a gritos a mi abuela. "Muchachilla maldita, abajate de la parva". Yo gritaba y los otros también. "Muchachita del diablo no vez que me rompés la parva". Y rebotaba y me hundía, levantando los brazos y caía sentada y me volvía a levantar y Eleuterio amenazante, mi abuela riéndose, los cuatro sobre la parva, saltando, llenándonos de paja de trigo bajo el sol a la hora de la siesta un mes de marzo.

A UN AÑO DEL ASESINATO

NIBIA

Nacida en Colonia Suiza, Nibia tenía 24 años. Provenía de un hogar proletario. Su padre, obrero textil, fue uno de los tantos trabajadores despedidos de la fábrica Campomar de Juan Lacaze, luego de la heroica Huelga General contra el golpe.

Niña aún, pierde a su madre al nacer su hermana menor y ella y sus hermanos son criados por su abuela.

Luego, la decisión de estudiar, la constancia, las privaciones, Montevideo, el IPA.

Fue en el IPA donde encontró a sus compañeros, iniciando su militancia estudiantil. Con toda su sencillez y frescura elige el camino del combate y sella su vida junto a la clase obrera y el pueblo. Se hace comunista.

Es dirigente del CEIPA. Luego, Secretaria de Finanzas del Sector Universitario de la UJC. Se forja en la dura y ardua tarea, sin descansos. Militante de todos los días, héroe del trabajo anónimo, el indispensable. Se gana el cariño y el respeto de todos, incluso de quienes discrepaban con sus ideas.

En el año 74|culmina su carrera y se recibe como Profesora de Literatura con sobresalientes calificaciones. El 10 de setiembre cumplía 25 años. En octubre se casaba.

Todos quienes la conocieron concuerdan en definirla por un rasgo: su alegría. Su alegría era la que da la confianza en la justicia de la causa del pueblo, en la indefectible derrota de quienes se oponen a su felicidad. Por eso tanto le corresponde la conocida frase de Julius Fucik, quien fuera asesinado por los nazis: "He vivido por la alegría, por la alegría he ido al combate y por ella muero. Que la tristeza jamás se una a mi nombre".

EL ASESINATO

Tres uniformados militares y dos hombres vestidos de civil se introdujeron en su habitación del "Hogar de Hijos de Obreros de Campomar" de Montevideo, el 29 de junio de 1974, a la una de la madrugada, retirándose con ella a la hora 3. Nibia fue trasladada al Cuartel de Casavalle y Petrarca (5º de Ingenieros y Servicio de Transmisiones) cuyo Jefe era el Teniente Coronel Chialanza. El Oficial de Inteligencia Militar de la Unidad, Capitán Mario Roberto Segnini Sena fue el responsable de su detención e interrogatorio.

Diez horas después avisaron telefónicamente (a la pensión y a sus familiares de Colonia Suiza, que nada sabían de la detención) que "se debe retirar el cadáver de Nibia Sabalsagaray, depositado en el Hospital Militar". Allí acudieron unos tíos de Nibia a quienes se expresó que la joven había llegado ya sin vida al Hospital. El Certificado de defunción atribuyó la muerte a "suicidio por ahorcamiento"; primero dijeron con una cuerda, luego, con una media. La autopsia le había sido hecha por el Dr. José A. Mautone.

Por la trayectoria de Nibia, por su firmeza, por su alegría, por su fe inquebrantable en la revolución y en nuestro Partido, quienes la conocieron rechazaron desde el primer instante con indignación la mera suposición de un imposible suicidio.

Sus familiares no lograron autorización para efectuar una segunda autopsia, aunque un examen médico evidenció que no había signo alguno de ahorcamiento, y sí marcas en cuello notoriamente producidas por una capucha. La muerte se debió a un paro cardíaco producido por el tormento del "submarino seco" (o sea, sin inmersión, por medio de una capucha de plástico que bloquea las vías respiratorias al tratar de aspirar el aire).

Trabajadores, estudiantes y vecinos llevaron sobre sus hombros el ataúd, cantando el Himno Nacional, al cumplirse el sepelio el domingo 30. El lunes en casi todas las Facultades hubo paro total y numerosas movilizaciones. El repudio que se expresó en los medios estudiantiles, fue extendiéndose a medida que se divulgaba la noticia, conmoviendo a todo el país, y repercutiendo en el mundo entero.

Las Fuerzas Conjuntas guardaron un silencio cómplice. Los responsables no recibieron castigo alguno.

Tiempo después, familiares y amigos colocaron en su tumba una placa con la inscripción "Muerta heroicamente en lucha por la justicia social". La colocación de la placa había sido autorizada legalmente. Hace pocos días, la policía de Colonia arrancó la placa, detuvo a dos tíos de Nibia junto a otros vecinos, los interrogó y remitió al Cilindro Municipal.

Mientras los verdaderos responsables del crimen cuentan con el respaldo oficial, las fuerzas represivas acosan a familiares y amigos de la víctima, buscando los "responsables" de la colocación de la placa.

LOS RESPONSABLES

El Teniente Coronel Chialanza es el responsable de la unidad en la que se aplicó la infame tortura que llegó hasta la muerte.

El Capitán Mario Roberto Segnini Sena es el torturador responsable del asesinato. Hoy está preso pero por ladrón: robó en las propias Fuerzas Armadas.

El Dr. José A. Mautone es el responsable de la canallesca mentira (suicidio). Amparado en su condición de médico no vaciló en aparecer públicamente para dar cobertura a los asesinos mediante un fraguado dictamen. En esta sucia tarea tiene antecedentes. Fue el autor de la autopsia del estudiante Leonardo De Los Santos, muerto en el cuartel de Rocha. Certificó muerte por edema agudo de pulmón. Una segunda autopsia efectuada por destacados profesionales, demostró que había muerto de un hematoma intracraneano, a causa de los traumatismos sufridos como consecuencia de torturas. A raíz de ello el Dr. Mautone se ganó el desprecio de sus colegas. La intervención fascista de la Universidad lo premió: fue nombrado profesor de la Cátedra de Anatomía Patológica, pasando por encima de destacados docentes full-time de la Universidad.

FIELES A SU EJEMPLO

Más sangre joven ha corrido. Suman decenas de miles los presos. Se tortura sistemáticamente, por método, incluso a jóvenes casi niños, por el delito de enfrentar una política de hambre y miseria para el pueblo. Todo para salvaguardar la impunidad de Bordaberry y sus cómplices, la impunidad de los negociados, de las ganancias fabulosas para el selecto puñado de rosqueros aliados al imperialismo.

En ese marco es que surgen individuos abyectos capaces de torturar hasta la muerte a una mujer indefensa. Más aún, ese es el modelo de "soldado" que allienta la dictadura, pues necesita como el aire unas Fuerzas Armadas enemigas feroces de su propio pueblo, aunque serviles ante la rosca. Por eso la canallesca práctica de la tortura con su secuela de sangre y de muerte, es una inversión política. Busca amedrentar y quebrar al militante convirtiéndolo en un traidor, pero también apunta a corromper y degradar brutalmente al soldado, abriendo un ancho foso de sangre entre sectores de un mismo pueblo. Por este camino, es toda la institución la que marcha al despeñadero.

Nosotros, como dijera Arismendi el 16 de mayo de 1973, "tenemos confianza en la clase obrera y el pueblo, en su movillización, en su lucha, en la unidad más amplia y más profunda. Sin pueblo no hay transformaciones, contra el pueblo se podrá matar, pero nadie triunfará. Será barrido por la historia".

En esa confianza sin límites en la clase obrera y el pueblo se educó Nibia. Ella era una de las tantas muchachas y muchachos orientales que aman la vida y luchan por ella. Que aman la Patria y luchan porque en ella florezca un futuro de justicia y libertad, la sociedad del pan y de las rosas. Forjada en el combate cotidiano, pertrechada con sus claras convicciones, consciente de que aún aislada no estaba sola, muere, pero no se entrega. Es torturada para dar información que no da. Sigue fiel a su ideología, fiel a sus camaradas, fiel a sí misma. Por eso es el símbolo de tantos jóvenes vencedores de la tortura. Por eso su ejemplo es, ante todo, un ardiente llamado a la lucha.

"La UJC es una organización que ha dado de sus filas a mártires como Liber Arce, Hugo y Susana. Es la Juventud Comunista que atravesó las carreteras de la patria en defensa de Cuba y Viet-Nam, la que dio combatientes como Rolán Rojas quien "en nombre del pueblo uruguayo" escupiera en el propio rostro a Dean Rusk para asombro del

mundo; la juventud de hoy se nutre de centenares de tenaces muchachos y muchachas que pasaron las pruebas de las represiones, los cuarteles y las cárceles".

Así definía Walter Sanseviero en el Séptimo Congreso de 1969. Tenía razón entonces, y todavía con más claridad --dolorosa pero enaltecedora-- en estos años la actitud de los jóvenes comunistas han refrendado sus palabras.

CARTA A LOS CAMARADAS

La camarada Nibia ha muerto
camaradas. Y es preciso
hacerle un duelo activo de pintadas,
de calles que la nombren
de escolleras, de muros imborrables.
Hacerle un duelo claro como una sola savia.

Que paredes y esquinas
esgrimidas de cólera
y ladrillo, den memoria.
Y los volantes leves.
Y las arquitecturas.

Que su querido nombre y su sustancia
pura, conforten y endurezcan los pasos de la calle.
Que el fruto lacerante de su vida
nos aguarde y nos una.

Que repiquen las voces, una a una, de todos los que viven
al calor de la sangre irreparable. De los maquis,
de los republicanos, de los héroes soviéticos,
de los pálidos héroes de pétalo y madera del Viet Nam
en cuyas voces breves
tiemblan

las palabras heridas de la selva,
la inexpugnable ciudadela hilada de bambú y de metralla,
donde la dignidad humana fue plantada,
y los frutos del bien,
y la inocencia.

Que resuenen aztecas, mayas, quechuas,
guaraníes, las lenguas inflexibles y calladas

de los indios.
Y los gritos criollos y mestizos,
los gritos negros, zambos --coronados
de lanzas--, desde donde partió
la patria
a su ejercicio, arisca
y alarmada.

Que la vida constante que Nibia
edificaba
sol a sol,
puerta a puerta,
perpetuaba
la digna estirpe muerta.
Sus escombros de piedra
y pedernales.

La agraria compañera
parte a parte, cobraba
y repartía
la estructura pulsátil, delicada
del tiempo vulnerado
y de la vida.

Nibia Sabalsagaray, docente, ha muerto
detenida. Ha muerto
torturada.

Ha muerto sostenida por vértebras macizas de silencio.
Por radicales cadenas solidarias.
Por fábricas, crisoles y lagares, por usinas y máquinas.

Ha muerto sostenida por el mundo que amaba y defendía.
Por su confianza intacta.

La sostienen aún
su indemne humanidad
germinada en las cosas
feroces
de donde provenía.
Su vida recia y clara.

feraces

La sostuvo su firme convicción partidaria.

Hagamos un silencio comunista
de filas minerales y conciencia despierta.
De pan, de sol, de bienes terrenales. Y bebamos
el corazón sangrando
por la aurora del día que se acerca.

◆ ◆ ◆ ◆